

## La cajita de la nada

Una dulce lágrima resbaló lentamente por la mejilla de Daniel. A su cabeza, la extensa marea del firmamento parecía observarle con atención. A sus pies, una pequeña cajita al vacío relucía desafiante. En su afán por hacer realidad su mayor obsesión, la existencia del espacio vacío absoluto, Daniel había decidido eliminar de dicha caja lo único que diferencia al vacío de la nada: la radiación de fondo, la energía presente en todo el cosmos desde sus más remotos orígenes.

Un fragmento del todo, convertido en nada; un susurro del eco universal llevado al silencio: ese era el sueño de Daniel, y el temor de las estrellas que desde el infinito podían presentir su muerte. La mano de Daniel rozó su letal invento, repasando con cuidado cada una de sus esquinas, hasta que se posó sobre el pulsador, que una vez activado daría lugar al mecanismo de extracción de la radiación electromagnética de fondo. La eternidad pareció disfrazarse de segundo en el instante en el que el dedo del ignorante comprimió el botón.

Del interior del diminuto cuadrilátero emergió un leve destello mientras que en su exterior, a millones de años luz, una explosión removió las entrañas del universo. Una estrella se había consumido para compensar el desequilibrio producido por el instantáneo vacío absoluto de la cajita, que para el asombro de Daniel, seguía presentando radiación. Comprobó con todos sus instrumentos de medida que en efecto, su enemigo continuaba allí, perenne e inmutable. Con cierto desaliento volvió a activar el pulsador repetidamente, llevando de nuevo el caos a alguna desafortunada galaxia.

Daniel, enfurecido por la inutilidad de su invento, arrojó éste a la profundidad del mar, desde donde cada día el azar juega con la existencia de las estrellas, del mismo Sol y de la misma Tierra.